

ERNESTO CARDENAL EN EL RECUERDO ADOLESCENTE DE UN SANDINISTA

Guillermo Fernández Ampié

Guillermo Fernández Ampié es nicaragüense y reside actualmente en México. Como periodista dirigió la revista «Barricada Internacional» (Nicaragua). Es Licenciado en Artes y Letras y Maestro en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Centroamericana de Managua. Es Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM y profesor del Colegio de Estudios Latinoamericanos de la misma.

Era como como ver al “Che” Guevara en su tercera edad: la boina símbolo de rebeldía y de anhelos revolucionarios, la barba y el cabello encanecidos, las sandalias de cuero que habían recorrido los caminos terrosos, rurales y urbanos de las comunidades nicaragüenses, ecos también de una subversión que despreciaba el consumismo. Su cotona de manta blanca y su pantalón azul de mezclilla similares a los que vestían mis tíos abuelos en un pueblito escondido en medio de un vallecito de Chontales que en pleno siglo XX seguía viviendo una cotidianidad decimonónica. Era la vestimenta de los peones y campistos y representaban la bandera o los colores patrios de Nicaragua, según afirmó en alguna ocasión un maestro de escuela en mis días de infancia. Así se me pareció Ernesto Cardenal la primera vez que lo vi. Contrasté esa figura viva, delgada y poderosa, con la imagen creada en mi cerebro mientras leía la descripción del poeta trapense y mariguanómano en las páginas *El pájaro del dulce encanto*, novela escrita por el odontólogo Clemente Guido y ahora olvidada. Calzaba a la perfección.

La voz, más bien temblorosa, y esa entonación particular con la que leía, que después muchos aspirantes a poetas imitarían, hacían sonar sus poemas como una homilía festiva, y también como un llamado a la conciencia y a la lucha. Fue en las primeras jornadas darianas, cuando el sandinismo hizo que la poesía circulara junto al viento por todo el país.

Las transformaciones sociales experimentadas por el pueblo cubano desde 1959, que él comprobó personalmente durante su breve estancia en la isla, fueron un rayo de luz como el que derribó de su caballo a Saulo de Tarso en su camino a Damasco. La conversión fue similar y a la vez diferente. La suya llevó a Ernesto al convencimiento de que la revolución y el socialismo eran los únicos caminos que quedaban a los nicaragüenses explotados y empobrecidos si querían algún día alcanzar su liberación. Otro poeta, flaco y miope, desde años antes predicaba la idea y se empeñaba desde la clandestinidad para hacerla realidad.

Ernesto entonces dispuso de su poesía, quizás sin proponérselo, como un eficaz instrumento que también luchó contra la dictadura, en paralelo y muchas veces acompañando a los guerrilleros anónimos que en campos y ciudades ofrendaban sus vidas en aras de ese futuro previsto también en los poemas cardenalianos. Que los poemas de Ernesto, convertidos en canciones, invitaban a la lucha a los jóvenes de mi generación es algo ya bien sabido. Ciertamente no fue la única invitación, pero sí una de las más convincentes. Ellos

explicaron mejor que cualquier texto sociológico porqué debía hacerse la revolución. También enseñaron, antes que los textos de José Román y de Ramón Belausteguigoitia llegaran a nuestras manos, que el rostro de Sandino se iluminaba como la montaña por las mañanas, o se entristecía como los árboles y los pájaros cuando se oculta el sol en la montaña. El *Canto Nacional*, verdaderamente nacional, lleno de geografía, de fauna y de historia dio a conocer, junto con “*Hora 0*”, esos trascendentales acontecimientos de la vida de Nicaragua que durante los cuarenta años de dictadura habían sido censurados.

Posteriormente, la respuesta de Cardenal al llamado guerrillero dejó de ser sólo desde la poesía. A riesgo de su propia vida y la de su comunidad en Solentiname, se sumó a un activismo entusiasta para cruzar esas puertas que con toda seguridad impedirían entrar a los revolucionarios armados, en busca de apoyo para la lucha de la población oprimida y para la transformación de la sociedad nicaragüense. Mientras tanto, sus jóvenes discípulos solentinameños ofrendaban sus vidas para prender la mecha que desencadenaría meses después el incendio insurreccional que terminó con el somocismo.

Después del histórico julio de 1979, la revolución abrió de par en par las puertas a la poesía de Ernesto y facilitó sus libros. Fue así como terminamos de conocerlo, de comprender mejor su poesía, porque con su desidia frente al analfabetismo la dictadura de Somoza había negado a los nicaragüenses hasta el acceso a sus propios poetas, más aún de aquellos con un carácter rebelde. De manera que la poesía de Ernesto nos acercó y nos animó a la revolución, y la revolución nos acercó y nos entregó la poesía de Ernesto.

Comprobamos, comprobé, en toda su dimensión que Cardenal había retratado en versos paisajes y escenas tantas veces contempladas junto a mis padres, escenas de las que también fueron protagonistas mis tíos y tías, en la hora “*en que el lucero nistoyolero de Chontales/ levanta a las inditas a hacer nistoyol (...) con los platanales todavía plateados por la luna, con el grito del coyotesolo y el perico melero / y el chiflido de la lechuza a las lunas (...) los campesinos empiezan a totear sus vacas/ Tóooo-tó-tó-tó; Tóoo-tó, tó, tó, tó; Tóooo, tó, tó, tó...*”. Y le dio sentido al país, a la idea de patria, al vincularlas con una aspiración mayor. No a la patria que se enseñaba en los colegios, sino a la que podíamos construir: “*He visto platanales verdes / y los cañaverales de otro verde./ Un potrero de zacate pará con unas vacas / He soñado escuelas de arte por aquí y círculos infantiles/*”.

Trabajando con los brazos y las energías de los jóvenes, utilizando las manos de los estudiantes de secundaria, la revolución construyó esos círculos infantiles en ese y muchos otros lugares de Nicaragua; en comunidades rodeadas de cafetos y de pinos, de palmeras y bejucos, o en medio de terrenos despaldados por el monocultivo. Construyó centros de salud, y llevó teatro y cine a comunidades que ni siquiera contaban con luz eléctrica. Y también enseñó a leer, como pidió el fundador del FSLN, a la mitad de la población que cuatro décadas de dictadura y más de intervenciones estadounidenses mantenían condenadas en el analfabetismo.

Y con el ejemplo de Ernesto, con las recomendaciones de Ernesto, y de decenas de promotores que trabajaron entusiastas con el apoyo de la revolución y el apoyo de Ernesto, hasta los recién alfabetizados comenzaron a escribir poemas. Fueron años en que quienes nos sumamos a impulsar la revolución nos sentimos poetas y vivimos la poesía. Los años en que se practicaron también muchas ideas de Cardenal: los oprimidos de siempre no serían sólo consumidores de cultura, dejarían de ser únicamente espectadores del arte. Como protagonistas de la historia, también eran escritores de poesía y se hacía necesario editar esos poemas, que quedaran registrados para la historia esos poemas que también eran expresión de la libertad que se respiraba desde el 19 de julio del 79.

Así se publicaron *Poesía Campesina de Solentiname, Talleres de Poesía, Antología y Poesía de las Fuerzas Armadas*, además de la hermosa serie de revistas *Poesía Libre*, en papel rústico. En uno de ellos puede leerse el siguiente breve texto escrito por un soldado: “*Estabas apurada, Chinita/ porque te hiciera un poema / pequeño, en letra de molde/ Yo que apenas aprendo a escribir*”. El entusiasmo no paró, aunque la proliferación de tantos nicas manipulando la poesía con sus manos obreras o campesina creó cierto disgusto entre varios profesionales de los versos.

Pero eso era parte de la revolución, pues como expresó Vidaluz Meneses, otra reconocida poeta fallecida no hace mucho y en esos años cercana colaboradora de Cardenal, esa lucha cultural era parte de los esfuerzos para transformar la sociedad, y fue también una manera de subordinar el arte al amor a los seres humanos. Eso también era - fue la revolución. Así se democratizaba la cultura y –especialmente– la literatura.

La revolución llevaba cultura a la población y la población también rescataba su cultura, y en esa labor sin lugar a dudas el apoyo de Ernesto fue determinante. No se trató

de una tarea en la que Cardenal fungía como un general que desde su puesto de comando emitía verticalmente las órdenes. En efecto, la revolución creó también un ejército de promotores, talleristas y animadores e investigadores culturales. Fue un ejército que funcionó como el de Sandino, como una suerte de hermandad, aunque no se llamaran hermanos sino compañeros y compañeras. Una tropa que realizó su labor con mucha autonomía, hasta independencia podría afirmarse, que como arqueólogos y antropólogos rastrearon las tradiciones vernáculas. Así se rescataron, recuperaron y resucitaron tradiciones materiales y no materiales de la cultura nicaragüense que se encontraban al borde de la extinción: los petates coloridos de Masatepe, las jícaras labradas de Rivas, las diversas máscaras creadas por los sectores populares para sus carnavales y fiestas patronales, las esculturas artesanales en piedras de Limay. Todo esto también es de reconocer y agradecer a Cardenal y a quienes trabajaron en el ministerio que dirigió.

Se extrañará al compañero Ernesto, poeta, sacerdote, revolucionario. En su ausencia, su poesía, tan vigente como la necesidad de la revolución, seguirá siendo refugio e inspiración.